

CAPÍTULO V

LIGA DE CAMBRAY.

Venecia habia sacado partido de esta tregua: habiendo salido con ventaja de la guerra contra los turcos, no habiendo tenido que sufrir diez años de hostilidades que habian asolado la Italia, hubiera podido recobrar su esplendor, y sostener la concurrencia con las naciones, que como consecuencia de los descubrimientos nuevos, verificaban una revolucion en el comercio y en la navegacion; pero habiéndose estendido por tierra firme, y aprovechándose de los desastres de todos los principes italianos, para aumentar sus posesiones por cualquier medio que fuese, se ganó enemigos por todas partes. La primera liga formada por los principes europeos después de las cruzadas, debia ser dirigida contra ella por enemistades y consideraciones personales; triste preludio de un nuevo derecho público.

Luis XII habia cedido por un tratado á Cremona y la Geradadda á los venecianos, que la conquista habia hecho dueños de Bérgamo y Brescia. Pero se habia arrepentido y pretendia en su totalidad el ducado que le habia cabido en herencia. Maximiliano, como sucesor de los emperadores de Alemania, reclamaba á Pádua, Verona y Vicenza, de que Venecia estaba en posesion hacia cierto tiempo; como principe austriaco, tenia tambien pretensiones á Roveredo, Treviso y el Friul. La Santa Sede reivindicó á Rávena, Cervia, Faenza, Imola, Rímíni y Cesena, territorios que los diversos tiranos habian arrebatado á la Iglesia, César Borgia á los tiranos, y los venecianos á César Borgia. El rey de Nápoles reclamaba á Trani, Brindis, Otranto, Gallipoli, Mola y Polignano, dadas en prendas á los venecianos por Fernando II. El duque de Saboya queria que le devolviesen á Chi-pre, cuyo título tenia; las casas de Este y Gonzaga, los territorios sobre los que habia dominado en otro tiempo. En fin, la Hungria pretendia re-

cobrar las ciudades de la Dalmacia y la Eslavonia, que dependieron de aquella corona.

Era en realidad una sorda envidia de los reyes contra una república, que no estando gobernada por el genio perecedero del hombre, sino por la sabiduria inmortal del senado, se habia elevado sin gastos de corte y en un corto territorio á la categoría de las primeras potencias. Se atrevia á resistir á Roma, impedía á los franceses permanecer en Lombardia, y á los emperadores pasar los Alpes cuando les agradare (1).

Aunque no poseyese con menos legitimidad que las demás potencias, se pensó en dividirse su territorio; y ya Maximiliano y Luis habian combinado en Blois este punto. La incapacidad del uno y las ocupaciones del otro suspendieron el efecto del tratado. Pero la última expedicion de Maximiliano y la tregua á que se vió obligado, irritaron á aquel emperador, que vió con despecho á sus soldados alemanes llevados en triunfo por Alviano, general de la república. Por otra parte, aunque Luis XII tuvo interés en conservar la amistad de los venecianos para conservar el Milanesado, no le pareció bien que hubiesen concluido aquella tregua en lugar de debilitarse mutuamente, como le hubiera convenido; en fin, el cardenal Amboise creía que la tiara, que nunca pudo conseguir, se le habia escapado de las manos por la oposicion de los venecianos.

(1) La baja envidia que excitaba á las potencias se deja ver en el discurso del ministro francés, dirigido á la Dieta germánica. «Nosotros no vestimos púrpura preciosa; nuestras mesas no ostentan vajillas de oro y plata; nuestros cofres no están llenos de oro... Ciertamente, si es impropio de principes convertirse en mercaderes, aun es más impropio de mercaderes elevarse á la condicion de principes»

Fué el resultado de aquellos odios particulares el que habiéndose avocado Margarita de Austria con el cardenal Amboise, en Cambray (10 diciembre de 1508), con el pretexto de pacificar á los Países Bajos, rebeldes á la autoridad del emperador, y concertar una expedicion contra los turcos, concluyeron una liga europea, contra Venecia, como usurpadora, tiránica, provocadora de discordias y culpable de todo lo que se puede imputar peor á aquellos á quien se quiere aniquilar. Se convino en que el rey de Francia mandaria el ejército, y que Julio II, aquel mismo pontífice que queria emancipar á la Italia de los bárbaros, le prepararia el camino con entredichos; que Maximiliano arrojaria al fuego el *libro rojo*, en el cual anotaba las culpas de la Francia para con la casa de Austria, y que, en tregua ó no, intervendria como protector de la Iglesia; que cada pretendiente ocuparia la parte que le correspondia. Cada uno de aquellos á quienes Venecia habia hecho temblar, debian asestarle su golpe, y reducirla de esta manera, como decia el lugarteniente Chaumont, á no ocuparse más que de la pesca.

Algo supieron los venecianos; pero Luis XII les aseguró que no se habia estipulado nada en perjuicio suyo, y que el rey católico no habia tomado parte más que en las negociaciones contra los turcos. Sin embargo, el cardenal Amboise dió prisa á la expedicion con su actividad natural, para no dejar tiempo á reflexionar; y él mismo, gotoso como estaba, atravesó los Alpes en litera. Ya habia comenzado la guerra sobre el Adda, cuando fué declarada al dux Loredano y á todos los ciudadanos, «hombres infieles y usurpadores violentos.» Lanzó el papa el entredicho sobre Venecia, comprendiendo en él á las autoridades, á los ciudadanos y á todo el que diera refugio á un veneciano (27 abril de 1509), debiendo ser considerados como enemigos del nombre cristiano, y ser esclavos del que se apoderase de ellos.

Encontrábase Venecia espuesta solo á aquel furor amenazador, en el momento en que graves accidentes empeoraban aun su posicion. No sólo sus rentas estaban arruinadas por la pérdida del monopolio de los géneros de la India y por la guerra contra Carlos VIII, sino que el fuego prendió al polvorin próximo al arsenal; el rayo derribó la ciudadela de Brescia, diez mil ducados mandados á Rávena se perdieron en un naufragio, y un incendio devoró los archivos. La prudencia de los jefes del Estado se manifestó en medio de tantos desastres, y las riquezas que reunieron se destinaron lo mejor posible.

Venecia, recelosa, confiaba el mando á extranjeros y nunca á nobles de su seno. Hacia mucho tiempo que estaban allí en uso las *milicias provinciales*, debiendo los proveedores en sus respectivas provincias formar una lista de todos los hombres aptos para el servicio, fuese en clase de combatientes, de zapadores ó de conductores de los trenes; y se les pasaba revista una ó dos veces al

mes, llamándolos á las armas en caso necesario. En 1490, llevó allí arcabuceros, y los diseminó por el territorio á fin de que adiestrasen á la juventud en aquella nueva arma, estableciendo ejercicios de fuego y premios. Seguian á las milicias provinciales los *partidarios*, especie de infanteria ligera. A los prudentes de segunda clase incumbia velar sobre la milicia terrestre, y siempre iban en el ejército dos proveedores como consejo y freno del general.

De este modo se opuso á la Liga, y tambien sirviéndose de bandas asalariadas, y aunque el papa detuvo á los capitanes romañoles comprometidos á su servicio por los tratados, pudieron reunir sobre el Oglio un ejército de dos mil cien lanzas, de mil quinientos caballos italianos, de mil ochocientos griegos, de mil ochocientos infantes, y de doce mil hombres de las milicias; era mandado por Nicolás Orsini, conde de Pitigliano, y por el gobernador Bartolomé de Alviano, dos de los mejores capitanes de la época. Pero no sabiendo abandonar la señoría sus recelosas desconfianzas, aun en las circunstancias más críticas, ponía trabas á los movimientos de los generales. Llevaron la guerra á la Geradadda; bien inspirados si hubieran podido aguardar que los franceses hubiesen desfogado el primer ardor que los hace más que hombres, para convertirse después en menos que mujeres: en lugar de obrar de esta manera aceptaron la batalla en Agnadello. Luis XII peleaba en persona, diciendo: *¡Que los que tengan miedo se coloquen detrás de mí!* Viendo la Tremouille que cedían los suyos, exclamó: *¡Muchachos, el rey os ve!* para hacer que se precipitasen sobre el enemigo con nueva impetuosidad. Los italianos concluyeron por sucumbir, á pesar de todo el valor que desplegaron, y el mismo Bartolomé de Alviano fué hecho prisionero. Inmediatamente Caravaggio y Bérgamo se rindieron, después Brescia, Crema, Cremona, Pizzighittono y la misma Pescara. Los aliados de la Francia, que habian titubeado hasta entonces en declararse, acudieron cuando la victoria no era dudosa; y Mantua, Ferrara, los españoles y los pontíficos, se apresuraron á porfía á arrancar cada uno un pedazo de la república destruida. Llegado Luis XII á Fusine, hizo disparar de quinientas á seiscientas balas contra la reina del Adriático, «para que se pudiese decir en lo futuro que el rey de Francia habia bombardeado la indomable ciudad de Venecia» (BRANTOME).

Esta pareció próxima á perecer; y el desaliento invadió los ánimos. «Vése á los proveedores, abatidos, atacados de cierto letargo, bostezar cien veces al día y estirar los miembros, como si estuviesen amenazados de la fiebre, y no conservando ya la habitual altivez de su alta posicion, se muestran en extremo humildes y familiares con personas indignas de semejante familiaridad. No se sabe en este apuro cómo remediar tamañas adversidades, hasta tal punto se halla abatida la ciudad y aterrado y confuso el gobierno. Algunos nobles vene-

cianos me han dicho ya, abrazándome y llorando: *Querido Porto, no seréis en adelante de los nuestros.* Y queriendo tributarles el acostumbrado respeto, me dijeron: *No hagais tal, pues todos somos compañeros en un mismo poder é iguales.* La fortuna los había puesto en el caso de no atreverse á considerarse señores ni á llamar serenísimo á su dux. Otros, de mayor categoría aun, van con frente abatida por la triste ciudad interrumpiendo á cada instante su paso, que es unas veces apresurado, otras lento; ya abrazan á éste, ya á aquél, dispensan algunas acogidas desproporcionadas, y acarician á la gente; todo lo cual prueba, no amor, sino temor desmesurado. Efectivamente, toda Venecia en diez dias ha cambiado de aspecto, convirtiéndose de alegre en angustiadísima; y además de que muchas mujeres han renunciado á llevar sus soberbios trajes, ya no se oye durante la noche en las plazas y los rios ninguna clase de instrumentos, cuando tanta abundancia de ellos suele divertir en tal estacion á los habitantes de esta ciudad. Los venecianos están tan poco acostumbrados á semejantes golpes, que temen perder hasta la misma Venecia; no calculando su inexpugnable situacion, muchos que tienen naves las aprecian más que antes, y otros que carecen de ellas, hablan de adquirirlas, quizá para hacer lo que se dice ejecutó Eneas. Tan grande es el temor que se ha apoderado de sus corazones (2).

Y había motivo para ello. El tesoro se hallaba exhausto, no había ejércitos y era indispensable una escuadra para oponerse á la que los franceses armaban en Génova. Además, en el interior gran número de nobles excluidos de los empleos, y multitud de extranjeros urdian conspiraciones; las ciudades de tierra firme, en las que renacian las facciones güelfa y gibelina, se apresuraban á liberarse del pillaje asegurándose una capitulacion; y el leon de San Marcos veía muchos capitanes desertar de su estandarte (3).

(2) *Cartas históricas de Luis de Porto.*

(3) Mayo 17 de 1509. «Era la época de la Sensa, pero todo el mundo lloraba; no acudió á la feria casi ningun forastero; no se veía á nadie en la plaza; los padres del colegio estaban desesperados y más nuestro dux, que no hablaba y estaba triste y como muerto. Se propuso por todos, como último recurso, enviar al dux á Verona, para alentar á los nuestros y á la gente, y auxiliarlos de cerca, el cual llevaria en su compañía y á sus expensas quinientos nobles. Pero aunque se hablaba de ello en la plaza y en los bancos del Senado, los individuos del colegio no quisieron tomar parte ni el dux se ofreció á ir. Se decía á sus hijos, y éstos contestaban: *El dux hará lo que quiera la ciudad.* Sin embargo, está mas muerto que vivo... Son dias malos; vemos nuestra ruina y nadie pone á ella remedio. Pluguiera á Dios que se hubiese adoptado la medida que yo propuse para el caso de que entrase Savio en las Ordenes, lo cual no verificó, y me arrepiento de haberle disuadido de verificarlo, á saber: mandar á tomar cinco ó seis mil turcos, y enviar un secretario ó embajador al gran señor; mas ya es tarde. Se duda que haya viveres en esta ciudad, por lo cual

No desesperó, no obstante, el senado. Ocupándose en llenar las arcas con ayuda de empréstitos y ofrendas patrióticas, pensó en fortificar y aprovisionar á Venecia; relevó á los súbditos de tierra firme de su juramento de fidelidad, permitiéndoles tratar con el enemigo segun acomodase á sus intereses, con orden á los capitanes de evacuar las plazas y reunirse. Más esperaba Venecia del tiempo que de aquellas tropas desanimadas, de las prácticas secretas, y de la experiencia fatal de las poblaciones, persuadida de que elementos tan diversos no podian permanecer mucho tiempo unidos, y se despojaba casi voluntariamente de lo que escitaba la envidia, como se arroja la bolsa al saltador que os persigue. Las ciudades que hubieran maldecido su soberania, si se hubieran visto precisadas á sufrir los males de un sitio, la echaron de menos desde que esperimentaron un yugo mayor (4). Resultaba gran daño para los pequeños mercaderes de la interrupcion de las relaciones comerciales entre las provincias y la metrópoli, de tal manera, que apenas perdieron á San Marcos, cuando se encontró echado de menos por todos.

Los nobles venecianos, que hasta aquel momento no habían peleado sino en el mar, fueron entonces á unirse al ejército de tierra, y seiscientos catorce caballeros levantaron tropas á sus expensas; el mismo Bayaceto había ofrecido socorros á Venecia; pero no quiso á los turcos por auxiliares. Habiendo llegado Antonio Justiniani á través de los mayores peligros á presentarse á Maximiliano, procuró conmovérle con palabras de sumision y promesas; pero aquel príncipe, que hasta entonces no había hecho nada, se empeñaba en la completa destruccion de Venecia, queriendo que la misma ciudad fuese ocupada y dividida en cuatro jurisdicciones, entre las cuatro potencias aliadas. Por lo demás se daba importancia de gran político, no revelando sus proyectos á nadie, y de gran guer-

conviene pensar en mandar por trigo y aumentar la escuadra, á fin de que la via marítima quede abierta, y por último, es necesario armar algunas galeras ligeras.» MARIN SANUTO.

(4) «Los alemanes propenden á robar y saquear el país, y se ven y sienten cosas admirables y sin ejemplo; de manera que en el ánimo de estos campesinos se ha despertado tal deseo de morir y vengarse, que se han vuelto más obstinados y furiosos contra los enemigos de los venecianos, que lo que eran los judios contra los romanos; diariamente sucede que uno de ellos, reducido á prision, se deja matar por no negar el nombre veneciano. En la tarde de ayer compareció uno ante este obispo (de Trento, gobernador de Verona en nombre de Maximiliano), que dijo era de la Marca, añadiendo que como tal queria morir, y que perdiendo aquel carácter aborrecia la vida. En vista de esto, el obispo le mandó ahorcar; y ni promesas de salvarle ni otra ninguna, le pudieron hacer renunciar á aquella opinion. De suerte, que bien considerado todo, es imposible que los reyes conserven esta comarca viviendo estos aldeanos.» MAQUIAVELO, *Legaza Mantova.*

tero, conduciendo sus tropas por el país que los esfuerzos de los demás le habían hecho recobrar.

Pero Vicenza, imperial como era, y la misma Padua, cuya nobleza se había levantado en favor del César, se indignaron de permanecer bajo el dominio de una nacion distante y bárbara (5), que imponia á sus queridos súbditos intolerables contribuciones por las guerras pasadas y futuras, y cuyas maneras toscas y soldadescas contrastaban con la afabilidad italiana. Levantó, pues, Padua el estandarte del leon, lo que fué un primer paso hácia el restablecimiento de los negocios de la república. Acudió Maximiliano con un ejército sin orden y sin obediencia, que dejaba tras sí horribles huellas, y llevaba hasta perros enseñados á coger y destrozar á los hombres. Seiscientos vicentinos refugiados en una gruta llamada el Covolo de Masano, fueron sofocados allí. Después Maximiliano sitió á Padua (6) con cien mil soldados entre alemanes y franceses, pagados con el fruto del saqueo y sostenidos por la esperanza de un botin más rico; había además una artilleria de doscientos cañones, de tan gran calibre, que algunos no podian montarse. El mismo peleó con valor; pero ignoraba la constancia, y no podía satisfacer á la vez las pretensiones de sus caballeros y las de los señores franceses. Un dia envia la orden á la Palisse de hacer que sus hombres de armas echasen pié á tierra para ir á la brecha con los lansquenets; pero Bayardo hizo esta reflexion: «¿Es acaso razonable poner en peligro á tanta nobleza con peones, de los cuales el uno es zapatero, y el otro herrador, el otro panadero, y gentes obreras, que no estiman tanto su honor como los caballeros? El emperador tiene bastantes condes, señores y caballeros de Alemania, para hacerlos echar pié á tierra con las gentes de armas de Francia, y con mucha voluntad les enseñarán el camino; y luego sus lansquenets los seguirán, si conocen que no pueden.» Tal fué el parecer del caballero sin mie-

(5) Véanse las *Cartas de Luis de Porto.*

(6) Este sitio está descrito con estension en la *Historia del Buen Caballero*, llamado por otro nombre Bayardo. «Desjá estoit bruiet par tout le camp que l'on donneroit l'assault à la ville sur le midy, ou peu après. Lors eussiez vue une chose merveilluse; car les prestres estoient retenuz à poix d'or à confesser, pource que chascun se vouloit mettre en bon estat; et y avoit plusieurs gens d'armes qui leur bailloient leurs bourses à garder; et pour cela, ne fault faire nulle doucte que messeigneurs les curez n'eussent bien voulu que ceulx, dont ils avoient l'argent en garde, feussent demourez à l'assault. D'une chose veulx bien adviser ceulx qui lysent cette histoire, que cinq cents ans avoit qu'en camp de prince ne fut veu autant d'argent qu'il y en avoit là; et n'estoit jour qu'il ne se desrobast trois ou quatre cents lansquenetz qui emmenioient beufz et vaches en Almaine, lictz, bleds, soyés à filer, et autres ustensiles: de sorte que audit Padouan fut porté dommage de deux millions d'escus, qu'en meubles, qu'en maisons, et palais bruslez et destruitz.

do y sin tacha, el cual fué seguido. Pero los caballeros alemanes no querian tampoco más que los franceses esponerse en medio de la canalla á pié, de modo que Maximiliano se vió obligado á retirarse. Así es, que aunque la escuadra veneciana que sitiaba Ferrara, hubiese sido destruida en Policella, y el conde de Pitigliano alma de aquella guerra murió (1510), las cosas tomaron mejor sesgo.

En efecto los manejos de los venecianos habían adelantado más con los otros aliados. Habiendo recobrado el rey Luis XII todo lo que asignaba la convencion de Cambray, pensaba en abandonar la Italia, donde hubiera visto con sentimiento echar raíces al Austria. No tuvo ya motivos de enemistad Fernando desde el momento en que se le entregaron las ciudades que se habían conservado en rehenes en la costa napolitana. Opúsose pues á que se sitiase á Venecia, alegando que no se habían aliado más que para quitarle sus posesiones de tierra firme, pero en realidad porque deseaba que la guerra se dilatase, con el objeto de que Maximiliano no pudiese mezclarse en la tutela del jóven Carlos. La república ofreció al papa dejarle todo lo que tenia en Romaña, á condicion solamente de que les diese la absolucion; y Julio II se prestó á conciliar las diferencias al mismo tiempo que levantó el entredicho (7). Queriendo después gobernar y no ser gobernado, volvió al proyecto que sólo la venganza le había hecho abandonar, de libertar á la Italia de los bárbaros. Como despreciaba á Maximiliano, y temia al rey cristianísimo, trató de indisponerle con Enrique VIII, que había ascendido últimamente al trono de Inglaterra; pero no pudo conseguirlo. Reclamó los once millones que el cardenal Amboise había dejado al morir, como procedentes de beneficios eclesiásticos, y debiendo por este título volver á la cámara apostólica, dió á Fernando la investidura del reino de las Dos-Sicilias, sin consideracion á las pretensiones de la Francia; dirigiendo después sus miradas hácia las montañas de la Suiza, desde donde la Lombardia está acostumbrada á ver rodar sobre ella avalanchas de nieve

(7) «Antonio Grimani había sido vencido en Lepanto, y la república le condenó á llevar grillos. Su hijo Vicente no quiso que otro le tocara, y él mismo se los puso, no volviendo á separarse de su lado. Después de cumplir el tiempo de la prision, fué privado de su dignidad y desterrado; pero Antonio huyó del punto de su destierro y se refugió en Roma junto á su hijo, que era cardenal. Allí, no cesando nunca de amar á su ingrata patria, trabajó con arduo á fin de alejar á Julio II de la fatal liga. Venecia arrepentida le devolvió la patria y los honores, y le eligió dux á la edad de ochenta y cinco años. Al verificarse la inauguracion se arrodilló, y quitándose la gorra se encomendó á Dios para que le guiasse en la difícil senda. Un dia, mientras subia al bucentauro, dijo: *Aquí mismo me fueron puestos los grillos, y ahora soy dux.* Vicente no dejó ya nunca el vestido de luto.» M. SAMRDO, *Diari manoscritti.*

y de mercenarios, trató con Matias Scheiner, obispo de Sion, á quien hizo cardenal, y que se comprometió á proporcionarle seis mil soldados para defender á la Iglesia de cualquier enemigo que fuese.

Hércules de Este, que engrandeció á Ferrara y acogió allí á los literatos, habia estado en guerra con Venecia por las salinas de Cervia que habia abierto. Su hijo Alfonso (1505-1534) se habia casado con Lucrecia Borgia, por quien el papa Alejandro VI, redujo á ciento los mil ducados que éstos pagaban á la Iglesia. Después entró en la liga de Cambray; pero como permanecía fiel á la alianza francesa, Julio II le puso pleito con respecto á aquellas mismas salinas, y despues le declaró escomulgado y depuesto. Comenzó al momento las hostilidades, y él mismo marchó á la cabeza de las tropas contra el duque de Este, impaciente de toda dilacion, espiándose, aunque octogenario, á la nieve y al fuego, dirigiendo las baterías contra la Mirandola, adonde entró por la brecha, repitiendo: *¡Ferrara, Ferrara, cuerpo de Dios no te escaparás!* Pero Alfonso no se dejó intimidar: empleó sus alhajas y las de su mujer para no sobrecargar al pueblo, y se sostuvo con constancia y moderacion contra el papa, que sin embargo no se avaciguó nunca.

Procuraba Julio II al mismo tiempo hacer que se rebelara Génova contra los franceses, que precisados á llegar á las manos, volvieron á tomar á Bolonia y dispersaron las tropas del Pontífice. Reunidos los prelados franceses en Tours, autorizaron á Luis XII para que rechazase con las armas los ataques del jefe de la religion, y apelaron de sus entredichos al concilio general. Encendióse, pues, la guerra entre la Francia y la Santa Sede: pero como era dirigida contra el poder pontificio muchas personas tenian escrúpulos, sobre todo la reina; y en su consecuencia el mariscal Trivulzio no podia obrar con seguridad. El mismo Luis XII pedia perdón al papa, contra quien peleaba; pero, no pudiendo conseguir el calmarlo, convocó un concilio para declarar nula su eleccion, é hizo acuñar una medalla, en la cual estaban inscritas estas palabras: *Perdam Babylonis nomem.*

Después del concilio de Basilea, resonaba la Alemania con quejas contra Roma, contra la ignorancia y avaricia de los legados y prelados, la venta de las indulgencias, las annatas y las expectativas. En su consecuencia, el emperador, como protector de la Iglesia, convocó un nuevo sínodo en Pisa, bajo la proteccion de los florentinos, que debilitados con la última guerra, habian permanecido neutrales, aunque se inclinaban á la Francia. Indignése Julio II al ver ultrajada en su persona aquella dignidad de la que habia tenido tan elevada idea; y el entredicho que fulminó, hizo que pocos prelados se reunieran; fueron además ultrajados por el pueblo, tanto en Pisa como en Milan, á donde se trasladaron después.

Aquel singular pontífice, tan superior á las con-

sideraciones personales como á los intereses de familia, no sabia ceder en nada de lo que él creia ventajoso á la Santa Sede. Habiendo obtenido satisfaccion de los venecianos, encontraba imperdonable que otros persistiesen en una guerra provocada por él con aquel objeto. Organizó, pues, una liga que se llamó *liga santa* (5 octubre de 1511), porque tenia por objeto impedir el cisma y restituir Bolonia á San Pedro: en aquella liga entraron Venecia, el rey Fernando, que esperaba encontrar en ella una ocasion de adquirir la Navarra española, y además, el rey de Inglaterra, que contaba recobrar la Guiena. Los suizos, á quienes Luis XII habia irritado diciendo que no queria asalariar rústicos, acudieron hasta las puertas de Milan robando el país. Continuaba el Friul siendo asolado por las bandas imperiales. Irritado el papa contra Florencia por el concilio, se esforzó en derrocar al gonfalonero Soderini y al partido popular; dejó, en su consecuencia, al cardenal de Médicis, su legado, intrigar para el restablecimiento de su familia.

Los confederados tenian á su cabeza al catalan Raimundo de Cardona, virey de Nápoles, y á sus órdenes á generales de gran reputacion, tales como Pedro Navarro y Fabricio Colonna; el ejército pontificio estaba mandado por el legado Juan de Médicis, que tenia á sus órdenes á Marco Antonio Colonna, á Juan Vitelli, á Malatesta, á Paglioni y á Rafael de los Pazzi, capitanes de los más afortunados. Prosperaban las armas francesas bajo el mando de Gaston de Foix, duque de Nemours, que gran capitán, casi antes de haber sido soldado, héroe para los franceses y azote para los italianos, habia, en tres meses, conseguido la victoria en cuatro batallas; peleaba sin loriga en honor de su dama, con la camisa por fuera, desde el codo hasta la manopla.

Bolonia fué defendida; pero habiéndose rebelado Brescia, cansada de las vejaciones de los franceses, y destrozada por los bandos de los Gamba y los Avogadro, se rebelaron con ella los países vecinos, y por lo tanto aquéllos la atacaron. Defendiéronse los habitantes con valor, y el caballero Bayardo fué herido en la brecha (10 de febrero de 1512); furiosas sus gentes, redoblaron sus esfuerzos para vengarle, y habiendo entrado en la plaza la saquearon é inundaron de sangre, sufriendo los valientes el suplicio de los traidores. Bayardo fué conducido á una casa, cuya señora se postro ante él, ofreciéndole cuanto poseia, con tal que salvase su honor y el de sus dos hijas; él se lo prometió, añadiendo que era una persona de noble condicion, incapaz de causarle ningun perjuicio. Aquella señora le dispensó durante su larga enfermedad todo género de cuidados, en agradecimiento de los insultos que él le ahorraba; y cuando Bayardo, ya curado iba á ponerse en marcha, la noble dama le ofreció una cajita llena de dinero, como precio del rescate que él podia exigirle por no haber saqueado la casa, ni violado á las

mujeres que la habitaban: ¡tales eran las relaciones de la Italia con sus vencedores! Pero Bayardo, sabedor de que contenia 2,500 ducados de oro, le dijo que llamase á las dos jóvenes, ambas hermosas y bien educadas, las cuales mientras duró la enfermedad del buen caballero, le habian divertido cantando, leyendo y tocando el laud y la espineta; enseguida, después de manifestarles su gratitud por tan delicadas atenciones, puso mil ducados en el delantal de cada una, y el resto lo repartió entre los pobres monges de la ciudad, que habian sido víctimas del saqueo. Aquellas mujeres, llorando y dándole gracias, le regalaron dos brazaletes y un bolsillo trabajado por ellas; luego se despidieron del caballero deseándole las mayores felicidades.

Se estimó en 3,000,000 de escudos (72,000,000 de francos) el botin cogido á la infeliz Brescia (8), y muchos franceses, que merced á él se enriquecieron, sólo pensaron en restituirse á sus casas. Este resultado hizo desastrosa aquella victoria.

La sangrienta batalla de Rávena (1512), en la que pereció Gaston de Foix, fué aun más funesta. La mayor parte de los franceses se fugaron cuando el general fué herido de muerte, aunque ya doce mil españoles yaciesen en el campo de batalla, y que ilustres personajes, tal como el marqués de Pescara, Fabricio Colonna, Pedro Navarro y el mismo legado, Juan de Médicis, hubiesen caido en poder de los franceses: Luis XII contestó á los que le felicitaban. *Desead semejantes victorias á mis enemigos.*

Los caballeros estaban acostumbrados hacia tiempo á pelear con poco riesgo de su vida, cubiertos de hierro, juntamente con su caballo; y ejercitándose en el uso de las armas desde sus primeros años, se encontraban superiores sin comparacion á la multitud de los villanos que les atacaban á pié y con picas. Si alguna vez éstos, merced al número, lograban vencerlos, aun después de derribarlos no les daban muerte, contentándose con un grueso rescate. Ahora bien, las armas de fuego introducian en esto un gran cambio, y si bien eran aun imperfectas, la bala de un cañon y la honda de un plebeyo podrian herir al primer héroe ó á un hijo de Francia. Los italianos empleaban ya las piezas de artillería; pero en mucha cantidad y ligeras, parece no se conocieron hasta

(8) Juan Jacobo Martinengo, uno de los que mostraron más ardor en la sublevacion de Brescia, dejó un relato de ella, donde se leen las siguientes palabras: «Ahora, queridísimos hijos míos y descendientes, os recomiendo, por la obediencia á que estais obligados respecto de mi persona, que en ningun tiempo imiteis mi conducta en este particular, poniendo la vida y la hacienda al servicio de los reyes; pues obrando así, hay mucho que perder y poco que ganar; en atencion á que los príncipes son remuneradores liberalísimos mientras se trata de palabras, pero en llegando á los hechos sucede todo lo contrario. Si no atendiéreis á lo que os digo lo sentireis antes de mucho.»

la expedicion de Carlos VIII. En la batalla de Fornovo sirvieron muy particularmente á este príncipe para rechazar á los estradiotas, y el terror causado por ellas salvó la vanguardia francesa. El cañon se empleó con más utilidad que nunca en la batalla de Rávena, una de las pocas en que la táctica influyó más que el valor personal, y algunas culebrinas puestas delante acertadamente, por consejo de Bayardo, dispersaron á los hombres de armas de Fabricio Colonna, matando, si creemos al cronista, hasta treinta y tres de un solo tiro. En la batalla de Mariñan, todos los esfuerzos de los suizos se dirigieron contra la artillería francesa, que protegía á los lasquetetes y á los hombres de armas. En la de Pavia, Francisco I, habiéndose adelantado demasiado, fué causa de que sus cañones suspendiesen el fuego para no herirle, ocasionando de este modo la derrota de su ejército. Pero en general, las armas de fuego se mejoraron poco en aquellas guerras, que se cuidaban más de sitios, astucias, sorpresas de todas clases, que de dar batallas y asegurar la victoria. Además de la imperfeccion de los nuevos instrumentos, los caballeros despreciaban altamente las bocas de fuego, juzgándolas armas propias de cobardes, que acababan con el verdadero valor. Así opinaba naturalmente Bayardo, pues veia á sus mejores héroes heridos por ellas, ignorándose quién fuese el agresor: esto hacia que no diese cuartel á ninguno de los que caian en sus manos provistos de tales armas.

La Palisse, que reemplazó á Gaston en el mando, no tenia ni la misma rapidez ni la misma habilidad guerrera, y no inspiraba tampoco á los soldados la confianza, que es la mitad de la victoria. Sin embargo, el legado prisionero fué recibido en Milan con respeto, y los soldados se apiñaban en su derredor para obtener la absolucion, bajo la promesa de no pelear contra la Iglesia. La convocatoria del concilio de Letran por el papa, hacia el cisma más inevitable que nunca, el rey de Inglaterra amenazaba las costas de Francia; una partida de suizos entró en Lombardia proclamando á Maximiliano Esforcia, hijo de Ludovico el Moro, que no disgustó á los potentados ver duque, porque escluí á los extranjeros. Pero para recobrar al ducado, tuvo que desmembrarle; y además de las enormes contribuciones exigidas por los suizos, los tres cantones montañeses conservaron á Bellinzona. Ya la Confederacion helvética dominaba en las baillías de Lugano, Locarno y Val Maggia, los grisones en la Valtelina; el papa estaba en posesion de Mantua, Parma y Plasencia, como procedente de la herencia de la condesa Matilde. Para recompensar Esforcia á sus antiguos amigos, cedió además otras porciones de territorio, como Lecco á Gerónimo Morone, Vigevano al cardenal de Sion, Rivolta y la Geradadda á Oldrado Lampugnano. Vióse además precisado á imponer enormes y arbitrarias contribuciones á sus súbditos para satisfacer á los extranjeros, á quienes son-

reía la idea de hacer odioso el gobierno nacional. Bolonia fué tomada, y el papa titubeó si debía destruirla; habiendo renovado Génova su independencia, declaró dux á Juan Fregoso, y Alfonso de Esté fué en persona á presentar sus excusas al papa.

Manténase Florencia tranquila, y en la línea de sus deberes, mas no por eso evitó el ataque. Marchó Raimundo de Cardona contra ella, declarando que respetaría sus propiedades y las franquicias de la ciudad si consentía en arrojar á Soderini y en recibir á los Médicis. Podía salvarse ofreciendo dinero, móvil único de aquellos capitanes, pero recurrió á los razonamientos como si se admitiesen en medio del estruendo de las armas. Soderini, escelente patriota, más bien que hombre de energía, titubeó y no hizo preparativos de guerra. Prato, donde un cuerpo asalariado estuvo primero á los agresores, fué tratado con la más atroz barbarie, y la matanza fué horrible (9). Luego una asociación de jóvenes, que acostumbraban á reunirse en los jardines de Rucellai, hizo arrojar á Soderini, y recibir en Florencia á Julian de Médicis, hijo tercero de Lorenzo el Magnífico. (2 setiembre de 1512). Enorgullecidos los antiguos dominadores con la victoria, y extranjeros ya por el destierro, no tardaron en conseguir la mejor parte. Las leyes dadas después de su espulsion fueron abolidas; constituyóse una oligarquía estrecha; destruyóse la ordenanza; los antiguos piagnoni fueron escluidos de todos los empleos, y Florencia, después de haber pagado liberalmente á los españoles, entró tambien en la santa liga.

Cuatro naciones extranjeras saqueaban alternativamente, ó más bien á porfia, el hermoso pais, cuyo territorio pisaban. Pero los franceses dividían el botín con aquellos mismos á quienes se lo habían arrebatado (10), y seducían á las mujeres en lugar de violarlas. Sordos los españoles á la piedad, como hombres acostumbrados á matar moros y americanos, no se dignaban dirigir la palabra al vencido, considerándole como decaído de su dignidad de hombre; orgullosos los suizos y los alemanes con su fuerza, toscos y brutales, buscaban el deleite sensual y no el amor, dinero y no palabras. Sin embargo, la pobre Italia, precisada á considerar á sus opresores como á libertadores; y abandonándose al error de costumbre de tomar por libertad un cambio de amo, se insurreccionó contra los franceses, y asesinó por

(9) Tres descripciones de aquel saqueo se imprimieron en el *Archivio Storico*, tom. I, 1842; y las inhumanidades de los españoles exceden á todo encarecimiento.

(10) «El carácter de los franceses es envidiar el bien ajeno, y prodigarlo al mismo tiempo que el suyo. El francés robará con el aliento para comer, para desperdiciar lo que coja, y disfrutar con aquel á quien haya robado. El carácter del español es enteramente opuesto; no veis nunca nada de lo que os ha robado.» MAQUIAVELO.

pequeños destacamentos á aquellos á quienes no le era ya dado hacer frente en batalla campal.

Amenazaba, pues, un tiempo borrascoso á Francia; y ya Enrique VIII entraba en el Artois, mientras que Fernando invadía la Navarra y los suizos la Borgoña. Pero las opuestas pretensiones de los confederados se reanimaron desde que fueron victoriosos, y cada uno de ellos consiguió el objeto por el cual se había reunido á los demás. Pudo entonces Luis XII esperar algo de los aliados, aún de aquellos que acababan de pelear contra él.

Muerte de Julio II.—Sólo Julio II le guardaba rencor; y distribuyendo el castigo y la alabanza, trasladaba al rey de Inglaterra el título de cristianísimo, con la corona de Francia, é incitaba contra él á los suizos, á quienes se proponía convertir en barrera de la Italia, después de haber expulsado á los bárbaros; pero la muerte le sorprendió en este estado (21 de febrero de 1513). En el delirio de su agonía, se le oía repetir: *¡No más franceses en Italia!* Si sus acciones no hubiesen sido dirigidas más que por aquella idea, hubiera merecido bien del país. Se había mostrado, por otra parte, digno de gobernar un Estado más grande, por la intencion de sus miras, su abnegacion con respecto á los intereses domésticos, y su respeto hacia la libertad de las poblaciones.

Sucedíole su legado, Juan de Médicis, bajo el nombre de Leon X, y encontró un tesoro de trescientos mil florines, que pensó gastar, no en guerras, sino en magnificencias. Joven y generoso, consumió una tercera parte sólo en las fiestas de su inauguracion. Ocupóse al momento en consolidar su familia en Florencia, cuyo arzobispado con el capelo de cardenal le concedió á Julio de Médicis su primo. Habiendo estallado una de esas conjuraciones que proporcionan al gobierno el enfrenar más y aguijonear con la espuela, dejó á dos de los jefes subir al cadalso (11), é hizo perdonar á los demás, entre los cuales estaba Maquiavelo.

Disponíase Luis XII á reparar sus pérdidas en Lombardia, y siendo en efecto acogido por todas

(11) Lucas de la Robbia, sobrino del pintor que asistió á Pedro Pablo Boscoli en sus últimos momentos, hizo una relación que afecta de su infortunio y del de Agustín Capponi (1512). Boscoli le decía: «Por favor, Lucas, quitadme á Bruto de la cabeza, con el objeto de que dé este último paso como buen cristiano.» El fraile que le asistió se espresaba tambien en estos términos, dirigiéndose á Lucas: «Con respecto á lo que me habeis dicho esta noche, que tengo que recordarle que las conjuraciones no son nunca permitidas, sabed que santo Tomás hace esta distincion: ó los pueblos han colocado el tirano á su cabeza, ó es por fuerza, de repente, y á despecho del pueblo que reina. En el primer caso, no es lícito conjurarse contra el tirano; en el segundo, es cosa meritoria.» Tampoco esta vez el liberalismo pensaba como Maquiavelo. Véase *Archivio Storico*, tomo I.

partes con entusiasmo, recobró á Génova y el Milanesado. Este último pais había estado bajo el yugo de los suizos, que, temibles como soldados, pero no como nacion, apenas pasaron los Alpes, cuando conocieron la manía de las conquistas. Aquellos montañeses se atrevieron á creer que su pais debía comprender una parte de la Suabia, la Alsacia, el Tiroly el Milanesado, lo que hubiera hecho que llegaran hasta el Mediterráneo, sino más felices, tal vez más poderosos. De todos modos les faltó unidad; y la corrupcion causada por el dinero extranjero (12), como tambien las discordias religiosas, pronto los enervaron.

Ellos solos se habían encargado de sostener á Esforcia en el ducado: habiendo vuelto en mayor número, hicieron sufrir á las tropas francesas en Novara la mayor derrota que experimentaron (15 de junio de 1513). Al momento se evacuó la Lombardia, el Piamonte, y la misma Génova quedó libre. Pero el rey católico continuó haciendo una guerra mortífera á los venecianos, que, además de la derrota de Alviano, vieron un incendio causado por la casualidad devorar la parte más comerciante de la ciudad, y destruir en una noche un valor igual á lo que les habían costado cinco años de guerras.

Ciertamente que los pueblos debían estar cansados de tanto sufrir, y los reyes de imponerles tantos tormentos. Por otra parte, Leon X, menos apasionado que su predecesor, veía que el engrandecimiento de los austriacos en Italia seria ruinoso para la península y particularmente para la Santa Sede (13), y su único deseo era fundar un principado secular en el Pó para su hermano Julian. En su consecuencia se unió al rey cristianísimo (1514), y aquel príncipe renunció al conciliábulo de Pisa, se reconcilió con Fernando, abandonándole la Navarra, obtuvo la paz de los suizos, y tomó por mujer á Maria, hermana de Enrique VIII, engañado siempre descaradamente por su versatil suegro Fernando. Maximiliano, á quien el papa quiso en vano conciliar con los venecianos, se empeñó en una guerra desastrosa y sin ningun resultado.

En medio de aquellos arreglos, murió Luis XII (1515) muy sentido de su pais (14), por cuyo inte-

(12) M. May (*Historia militar de la Suiza*, tom. IV, seccion 59) demuestra que los suizos ganaron cien millones de francos en las guerras en que tomaron parte hasta 1514.

(13) Deben leerse, sobre las condiciones políticas de aquella época, las cartas confidenciales entre Maquiavelo y Vettori, viejos zorros ambos; sobre todo las de julio y agosto de 1513.

(14) P. L. Roederer juzga, en su obra titulada *Luis XII y Francisco I, ó Memorias para servir á una nueva historia de su reinado* (Paris, 1825), á los diferentes escritores que han hablado de aquellos dos reyes. Pretende demostrar: 1.º que las guerras de Luis XII en Italia fueron bien concebidas, mejor dirigidas y no sin resultado: 2.º que su gobierno interior revela el plan más sabio y generoso que ha entrado nunca en la cabeza de un rey.

rés había emprendido las guerras de Italia. En efecto, si hubiese dejado subsistir las pequeñas potencias de la península itálica, al fin le hubieran anonadado. Si no se hubiera unido á Alejandro VI, estas potencias se hubieran aliado al pontífice, y de concierto le hubieran aniquilado. Si no hubiese reclamado el concurso de Fernando, no hubiera podido conquistar á Nápoles, y habría sucumbido á los esfuerzos del papa. Si se hubiese decidido á vivir en Nápoles, hubiera perdido este reino y la Francia. Pero se mostró para con los italianos pérfido, sin política y ambicioso sin capacidad; introdujo un cisma en la Iglesia; tuvo diez años en una fortaleza á su rival Ludovico el Moro; provocó la liga de Cambray, é hizo la guerra con crueldad, sin haber no obstante conseguido su objeto.

Francisco I en Italia.—Francisco I, que le sucedió, se hizo, cuando su coronacion de Reims, proclamar por el heraldo, duque de Milan, y apresuró los preparativos de una expedicion, al mismo tiempo que negociaba para obtener la paz. Concluyóse con el Austria y la Inglaterra, pero no pudo atraer á los suizos á su partido. Se entendió, pues, con los venecianos, y se puso en marcha con el mejor ejército que nunca había pasado los Alpes. Componíase de dos mil quinientas lanzas, de quince mil hombres, veinte y dos mil lansquenets, llamados bandas negras, ocho mil aventureros franceses, seis mil gascones, tres mil zapadores y setenta y dos piezas de artillería de grueso calibre. Pedro Navarro, que había introducido el uso de las minas y se alababa de que ninguna fortaleza se le resistía, había sido hecho prisionero en la batalla de Rávena: no habiendo podido obtener de Fernando el precio de su rescate, entró al servicio de la Francia, y mandaba á los gascones. Con aquel ejército volvía Bayardo, guerrero de gran fama, que nunca mandó en jefe, aunque es cierto que ningun general quiso emprender nada importante sin el socorro de su brazo y de sus consejos; le agradaba mejor el pelear donde le convenia, y afrontar el peligro sin ser detenido por ningun lazo en ningun puesto designado (15).

El *general tonsurado*, como se llamaba al cardenal de Sion, enemigo mortal de los franceses, incitaba á los suizos á conservar á Milan, á Esforcia, su hechura é instrumento. Fortificaron, pues, los pasos de los Alpes, y los demás confederados siguieron su ejemplo; pero Francisco I, inclinándose al consejo del anciano Trivulzio, desembarcó por el valle de la Estura; y el caballero Bayardo cayó de tal manera de improviso sobre el enemigo, que hizo prisionero en la mesa á Próspero Colonna, el mejor de los guerreros italianos. Los milaneses permanecían espectadores sin hacer ningun movimiento, con la engañosa esperanza de recobrar su independencia al fin de la lucha empeñada entre los dos amos. Gerónimo Morone, minis-

(15) BRANTOME, *Vidas de los capitanes franceses*.

tro de Esforcia, procuraba escitar el ardor patriótico y suplir con su actividad la insuficiencia de su príncipe.

Batalla de Marignan.— Llegaron los suizos y los franceses á las manos en la batalla de Marignan. Fué tan terrible el choque, que Trivulzio, aquel veterano del ejército que había asistido á diez y ocho batallas, dice que eran batallas de niños, comparadas con aquel combate de gigantes. Los *domadores de los príncipes* se vieron domados, por que veinte mil suizos fueron muertos. El rey Francisco I quiso ser armado caballero en el campo de batalla por mano de Bayardo, que exclamó: «¡Feliz, mi querida espada, por haber conferido la caballería á tan valiente y poderoso rey! Querida espada, serás como reliquia guardada, y honrada más que ninguna otra; y nunca te desenvainaré, escepto contra los turcos, los sarracenos ó los moros.»

Los suizos, que habían cesado de ser invencibles, se marcharon con el pretexto de que se les retardaba el sueldo, jurando volver pronto á tomar el desquite; pero no tardaron en concluir con el rey de Francia un tratado de paz perpétua. Encerrado Maximiliano Esforcia en el castillo de Milan, temeroso continuamente de las minas de Navarro, capituló mediante 30,000 escudos de pensión, y fué llevado á Francia, donde murió como su padre en la prision (1530). Entonces hizo Francisco I su entrada en Milan.

Viendo vencidos á aquellos suizos, en quienes los papas tenían costumbre de fiarse como de los menos peligrosos entre los extranjeros, Leon X se consideró perdido (16). Olvidando sus rencores para evitar el peligro, cuando el rey podía muy bien hacerse dueño de toda la Italia, le cedió Parma y Plasencia, á condicion de que aseguraria á los Médicis aquella Florencia cuya libertad debiera haber tomado bajo su proteccion, por su afecto constante á su casa. No teniendo ya nada que temer Francisco I de los suizos, volvió á sus Estados, dejando para gobernar el Milanesado al condestable de Borbon, y después á Lautrec: fué tal la envidia que concibió el mariscal Trivulzio, que le hizo incurrir en la desgracia del rey, y llenó de amargura el fin de su larga carrera.

Temiendo Fernando que los franceses se dirigiesen desde la Lombardia al reino de Nápoles, daba dinero al emperador á fin de que continuase teniendo en jaque al rey Francisco I; Enrique VIII había vuelto á comenzar la guerra; Francisco Esforcia hijo también de Ludovico el Moro, hacia presente sus derechos sobre el ducado, de manera que no tardaron en estallar nuevas hostilidades. Verificábanse éstas débilmente por el emperador, siempre mal aconsejado en la concepcion, y poco

(16) Decía al veneciano Zorzi: *Domine orator, veremos lo que hará el rey cristianísimo si nos entregamos en sus manos pidiéndole misericordia.*

feliz en la práctica; por Lautrec, que secundaba las instrucciones secretas de su amo, y por los venecianos que recobraron á Verona, pero que debilitados con una guerra sin fin, tuvieron que poner los empleos en subasta, vieron disminuirse el comercio, y á los turcos mostrarse amenazadores para con la república.

Tratado de Noyon.— En este estado de cosas murió Fernando el Católico, y Carlos de Austria, llamado á sucederle, se apresuró á concluir la paz con la Francia para no atraerse su oposicion. Estipularonse las condiciones en Noyon (1516), y se siguió un momento de tranquilidad, que permitió á toda la Europa respirar. Ya Francisco I había hecho un arreglo con los suizos, determinando el subsidio que pagaria á cada canton. Hizo con la corte de Roma un concordato que abolia la pragmática sancion y las libertades galicanas. Habiendo muerto Julian, hermano de Leon X, invistió el papa á Lorenzo, su sobrino, con el ducado de Urbino, que arrebatado por las armas á Francisco Maria de la Rovere, fué pronto, por la muerte de Lorenzo, reunido al patrimonio de San Pedro. Perugia fué también sometida, y Juan Pablo Baglione enviado al suplicio; los demás jefes, que se habían elevado con la caída del duque de Valentinois fueron domeñados por la fuerza ó por la perfidia; el mismo sagrado colegio tuvo que sufrir el yugo, y los dos cardenales, Sauli y Petrucci, convencidos de tramas, fueron condenados á muerte.

Quedó solo Maximiliano en la lucha, que amenazaba á voz en grito tratar á Milan, como lo había hecho Federico Barbaroja; pero los suizos, á quienes no podía pagar, no le querian obedecer, y se retiraron saqueando á Lodi, San Angelo y todo el país, á orillas del Adda. Pronto se adhirió Maximiliano al tratado de Noyon, dejando Verona á los venecianos, y conservando Riva de Trento, Roveredo y todo lo que había adquirido en el Friul. De esta manera concluyó la guerra suscitada por la liga de Cambray. Venecia, á quien la Europa conjurada había querido trastornar, recobraba en la paz lo que había perdido en ocho años de guerra, escepto que había habido millares de hombres muertos en cada nacion; el comercio de la Italia estaba arruinado, y su territorio espuesto á los ataques de los turcos (17) y de los ambiciosos, que pronto llegaron á causarle males crueles y duraderos.

(17) Los berberiscos no cesaban de incomodar á la Italia. Desembarcados en 1517 con diez y ocho fustas, estuvieron á pique de apoderarse del mismo Leon X. En el mes de abril del año siguiente, el cardenal Bibiena escribia: «Las fustas de los turcos ó de los moros han tomado la vuelta de arriba de Austria, y hasta en las embocaduras del Tiber, algunos barcos que acudian á Roma y habían tocado en tierra han robado hombres y mujeres. El cardenal de San Jorge, que estaba en Ostia, vino huyendo, y asimismo el cardenal Agen, que estaba en el campo cerca de Porcigliano.»

Muerte de Maximiliano, 12 enero de 1519.— Poco tardó Maximiliano en concluir una vida pasada entre grandes designios y con la incapacidad de realizar ninguno (18). Sin ningun dinero, y sin embargo pródigo, aquel príncipe, de un valor caballeresco en las batallas, y todo imaginacion en los consejos, intentó todos los medios para engrande-

cerse, así como su casa, hasta pensar seriamente en hacerse papa.

(18) En la coleccion de cartas de Luis XII, por M. Godefroy, hay una en la que, para obtener el dinero de los Frugger, Maximiliano propone darles en prenda el *palio de las investiduras*, perteneciente á la casa de Austria, *et cuius nos post adeptum papatum, non amplius erit ut opus habeamus*, tomo III, pág. 326. Es aun más curiosa la dirigida á su hija Margarita en un francés bastante malo; dice así:

«Carísima y amadísima hija: he oido el consejo que me habeis dado por conducto de Guillermo Pegun, y después de mucho pensar debo manifestaros, que no encuentro ninguna razon plausible para contraer nuevo matrimonio, y que en consecuencia he formado el firme propósito de no volver á tocar mujer alguna desnuda.

»Envío mañana á monseñor de Gurce á Roma, á fin de que vea el medio de conseguir de que el papa me tome por su coadjutor, con lo que podré asegurar el papazgo para después de su muerte, y llegar á ser sacerdote y luego santo; de suerte que me adoreis cuando haya dejado de existir, lo que me colmará de gloria.

»A este propósito mando una persona al rey de Aragon,

con encargo de suplicarle que me ayude á dar cima á mi proyecto, el cual es de su agrado, pues me he convenido en renunciar el Imperio á favor de nuestro comun hijo Carlos, que era su única exigencia. El pueblo y los nobles de Roma se han aliado contra los franceses y los españoles; son 20,000 combatientes, y me han mandado á decir que quieren estar por mí, y elegir un papa á mi gusto y al del imperio de Alemania; no quieren franceses, aragoneses ni aun venecianos.

»He empezado también á tratar con los cardenales; 200 ó 300,000 ducados me harian un gran servicio con la parcialidad existente ya entre vosotros.

»El rey de Aragon ha dado orden á su embajador para que los cardenales españoles voten á mi favor.

»Os recomiendo reservar esto, aunque temo que dentro de pocos dias será preciso que todos lo sepan, porque es imposible mantener secreta una materia tan grande, y que exige tanta gente, tanto auxilio de dinero y pasos. Adios. Escrita de mano de nuestro buen padre Maximiliano, futuro papa el dia 18 de setiembre.

»Además, la fiebre no deja al papa, y no puede vivir largo tiempo.»

Es muy interesante la *Correspondencia del emperador Maximiliano y de su hija Margarita de Austria, gobernadora de los Países-Bajos*, 1507-19 publicada por el señor LE GLAY. Paris, 1839.